

# De la India a Soniquete pasando por Macondo

Un relato de  
**Sebastián Porras Soto**

*\* Aviso: la gracia es que  
antes se haya leído usted  
Cien años de soledad*



Ilustraciones de  
Carolina Zambrano

Mira que ya me lo refirió Remedios. Mi mujer ya me había dicho algo. Pero se quedó corta. A lo mejor es que le daba *lache* contármelo todo. Llevaba ya más de dos horas esperando pero el puñetero Airbus quizá se estaba entreteniendo con las vistas de las carpas mojigatas que estudian con parsimonia indecente las orillas del Ebro o habrían calculado de manera errónea los kilos de combustible y el piloto habría parado a repostar en el área de servicio de Los Monegros. ¡Parece mentira hombre! Aunque, bueno, también le ha pasado lo mismo a Alonso o a Vettel en algún gran premio. ¡Los tíos de la Fórmula 1 se quedan sin gasolina! ¡Ole! Igualito que mi tío el Chato cuando, más de una vez, yendo de Lucena a Córdoba y bajando la cuesta del Espino, el pobre tuvo que lanzarse en punto muerto y buscar auxilio en brazos de un señor gasolinero. Bueno, después de tres *culines* de sidra y dos montaditos de chistorra se anunció la llegada del Airbus procedente de la antigua Santa Fe de Bogotá con escala en Barajas.

Conforme se iban abriendo y cerrando las puertas automáticas y asomaban los viajeros atlánticos procedentes de la capital del distrito de Cundinamarca me llamó la atención lo que parecía una familia formada por seis adultos, que desprendían un acogedor aroma a orégano fresco, y una niña vestida con una camiseta que hacía propaganda de un taller mecánico del antiguo municipio de Usaquén. Mis ojos no pudieron por menos que atender a un hombre rubio que hedía a perros muertos. Gracias al señor bendito la policía lo detuvo y se lo llevó de allí, imagino que por infringir las normas internacionales que regulan los vertidos tóxicos.

Aunque yo no conocía al tío de mi mujer tampoco iba a quedar como un *lila* e improvisar un cartelito con un cartón raído para poner su nombre y agitarlo en alto como si estuviera cazando gamusinos. Me fie de la descripción que me había dado mi mujer, que se había quedado en la casa con los niños. Ni se me pasaba por la cabeza la remota posibilidad de que hubiese otra persona que se le pareciera ni siquiera en el blanco de los ojos. Me aposté la camisa. De repente, allí estaba ante mí el gitano: "corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión (...) Aquel ser prodigioso que decía poseer las claves de Nostradamus, era un hombre lúgubre, envuelto en un aura triste, con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas. Usaba un sombrero grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo, y un chaleco de terciopelo patinado por el verdín de los siglos". Llegó comiéndose un untuoso durazno. Ya me lo había referido Remedios. Su tío era realmente todo un personaje de libro. Venía "cargando una maleta ventruda amarrada con cuerdas y un carrito cubierto de trapos negros". Una maleta como aquellas que portearon los viejos de la familia cuando llegaban a la estación de Francia en los años sesenta en aquel tren que llamaban *el sevillano* para despistar a la amargura y a la miseria y construir anhelos de gloria.

- ¡Tío, soy Rafael. El marido de su sobrina Remedios!
- Hola hijo, me alegro mucho de conocerte. ¡Dame un abrazo!

- Traiga usted la maleta. ¡Pero tío, qué lleva usted aquí dentro!
- Papeles, hijo. Unos papeles antiguos.

Descubrí que aquellos "quebradizos papeles apretados de signos indescifrables" eran donde el tío de mi mujer garabateaba "su literatura enigmática (...) y parecían fabricados en una materia árida que se resquebrajaba como hojaldres". En el mismo aeropuerto me pidió mi móvil para hacer una llamada. No pude entender nada de lo que decía porque no habló en español, pero cuando colgó me pidió que esa misma noche lo llevara a un garito llamado Soniquete porque allí debía encontrarse con un tal Alexander Von Humboldt ¡Qué gitano más raro!

- Bueno tío, como usted quiera. Yo le llevo. Usted perdone pero en qué idioma estaba hablando por teléfono.
- Pues en *Rromano*. Por desgracia, hijo, aquí en España apenas se habla pero es la lengua de nuestros antepasados, derivada del sánscrito, y la que siguen hablando hoy en día muchos gitanos en todo el mundo.

Resulta que el gitano iba a hacer un trato con el tal Von Humboldt. Quería venderle aquellos manuscritos. Bueno, de momento, nos quitamos de en medio. Cogimos el coche y llegamos a la casa. El tío de mi mujer se volvió loco con los niños y Aurelio y Arcadio también se ilusionaron con la llegada de su tío americano. El gitano había traído regalos para los niños, abalados por "los sabios alquimistas de Macedonia": a uno de dio un imán y al otro un cubito de hielo. Los niños pusieron cara de póquer. Remedios les dio a los tres un *nesquik* caliente y automáticamente se alzaron dos palmos del suelo cada uno. A mi mujer le extrañó aquello. Conforme iba pasando el efecto de los efluvios chocolateros fueron aterrizando en suelo firme y Remedios nos puso el *jallipen*. Mi mujer había terminado hacía un par de semanas un curso de cocina creativa y esa noche nosotros fuimos los damnificados. Con lo bien que guisa el potaje de arroz con habichuelas o lo buena que está en este tiempo la ensalada de naranja con bacalao *desmigao*. Ojo, que también



domina la técnica del steak tartar y se apaña muy bien con el sashimi, el maki y el sushi. Pero es que esa noche se puso estupenda y atentó contra nosotros con unas esferificaciones sin ton ni son y con el uso a destajo del sifón. ¡Qué afición! ¿Una tapita de lacón? ¿O unos pimientos de Padrón? ¡Bofetón! Es que habíamos estado de vacaciones en Santiago de Compostela para visitar el Museo das Peregrinacións. Para rematar convenientemente el panorama al tío de mi mujer se le cayó la dentadura postiza en el aire de vieira y los niños lloraron miedo sobre el intento de deconstrucción de las *papas alinás*. ¡Qué desbarajuste! Entre bocado y bocado el tío de mi mujer nos dejó con la boca abierta con sus relatos y yo besé la boquita de pitimini de Remedios aprovechando que fuimos a la cocina a buscar el Marqués de Murrieta. ¡Hay que ver las fatigas que había pasado el gitano enredando por medio mundo! "Sobrevivió a la pelagra en Persia, al escorbuto en el archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al beriberi en el Japón, a la peste bubónica en Madagascar, al terremoto de Sicilia y a un naufragio multitudinario en el estrecho de Magallanes". ¡Demasiado bien estaba el hombre para tanto trajín!

Nos enjuagamos, nos peinamos, nos vestimos y nos perfumamos. Nos echamos a la calle con gracia y salero. Intenté convencer al gitano de que se quitara aquel sombrero. No hubo manera. El tío de mi mujer y yo nos adentramos en Barcelona *la nuit*. Al salir del portal nos cruzamos con mi vecina Úrsula que venía de darle una vuelta a su perro. Hacía treinta y pico de años que tenía al pinscher alemán amarrado al tronco del castaño de la esquina. El otro día el vecino del 5º 2ª le echó en cara que lo que estaba haciendo con el perrillo era una tortura intolerable según los estándares internacionales. Úrsula: "¡Pero si también lo hacen con algunas personas! ¡Métase en sus asuntos!" Después de algunas paradas para repostar llegamos al barrio gótico y en una de sus callejuelas infestadas estaba Soniquete. Es de los pocos locales de la ciudad

que se dedican al flamenco. Resulta un lugar curioso porque allí comparten la barra gentes de pelajes muy variados: algunos aficionados al flamenco y otros que no han escuchado en su vida cantar por bordones, algunos gitanos locales y otros forasteros que llegan aquí buscando un sitio para estar a gusto y decirse cuatro letras, algunos *punks* nostálgicos, señores con el puro habano entre los dedos y señoras bien de la parte alta, turistas de sandalia en ristre, guapas *bailaoras* aficionadas en busca de su Adonis moreno y algún que otro canalla venido a más. Cuando estábamos en la barra pidiendo unos *colacaos* con magdalenas, de pronto, di un respingo que casi me cuelgo de la lámpara. ¡Mira! ¡Una gitana pelirroja salió cantando por orfidales! ¡No se puede cantar mejor por ahí! Todo el mundo de punta en blanco, aquello parecía una boda avalada por los aires marineros. ¡Y el tío de mi mujer con su chalequillo y el santo sombrerito negro de marras! ¡Ah! Y los legajos apretados debajo del brazo. La cuestión es que llovió tanto que se mojó toda la calle.

Nos apostamos en una mesita con vistas a la puerta de entrada por mor de tener conciencia exacta de la llegada del tal Alexander Von Humboldt pero ya habíamos libado tres o cuatro *colacaos* y casi habíamos acabado con la bollería y el *jambo* no llegaba. Pasó por nuestro lado un sabio catalán, que venía de Tossa de Mar, cargado de libros viejos pero no era ese.

- ¡Que no hijo, que ese no es!
- Pues no me negará tío, que la cosa tiene cacaruca. Que en un garito de flamenco donde todo el mundo está nada más que por beber, cantar y bailar, coincidan dos hombres con papeles y libros antiguos y que todavía falte un tercero. ¿La cosa tiene miga o no la tiene? Es una pregunta retórica que no espera respuesta porque ya está implícita en la misma pregunta.

Cuando la juerga de la mesa de al lado ya estaba decayendo con cantes por goliardas, cuando ya los hombres estaban teñidos de confusión y las mujeres hablaban en amarillo, cuando llovía todavía más y los relojes se mojaban, cuando los perros aullaban en arameo, cuando el váter se embozó, cuando la cejilla se rompió, cuando escaseaban los voluntarios para entregarse al desvarío y convertirse en héroes, cuando el sabio catalán se cayó de la silla, cuando... sobre las cinco y media de la madrugada llegó Von Humboldt y se arrebujó junto al tío de Remedios en un rincón de la mesita para guarecerse de las miradas. Cuchichearon en alguna jerigonza que yo no entendí. Von Humboldt se fue con los papeles del tío de mi mujer y el gitano se guardó un sobre amarillo del que sacó dinero para pagar la cuenta. Nos fuimos a dormir comisario y este mediodía me han despertado los gritos de mi mujer. Su tío estaba muerto en la cama. Yo no sé qué más decirle comisario. ¡Aurelio apaga la tele! No ves que se ha muerto el tío, hijo mío, y estamos de luto. Dame un beso. Al cabo de tres meses, Rafael y Remedios estaban tomando café en una terraza del Borne y les pareció ver pasar en un autobús al Tío Melquiades.

#### NOTA:

Las citas textuales están extraídas de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.